

Jalón intermedio en la historia de Mario Conde

Santos Sanz Villanueva

En Leonardo Padura conviven obras de manifiesta ambición con otras de aparente simplicidad. Aquéllas, que se han sustanciado en sendos grandes empeños de reconstrucción histórica con su correlato en el presente –amplias indagaciones en el poeta independentista cubano José María Heredia (*La novela de mi vida*) y en Trotsky y su asesino Ramón Mercader (*El hombre que amaba a los perros*)–, no han rebajado sin embargo para nada el crédito de las segundas, una serie ya de siete peripecias protagonizadas por el «antipolicía» Mario Conde, según lo ha definido Padura. Se trata de un caso algo semejante al de uno de los maestros del cubano, Manuel Vázquez Montalbán, cuyas ficciones de más vuelo intelectual –*Cuarteto*, *Los alegres muchachos de Atzavara* o *César o nada*– nunca alcanzaron la notoriedad de las andanzas un tanto deslavazadas del investigador Pepe Carvalho.

El propio Leonardo Padura ha explicado en estos *Cuadernos Hispanoamericanos* (número 739, enero de 2012) los orígenes, trayectoria y peculiaridad de su ayer policía de investigación y hoy vendedor de libros Mario Conde con admirable claridad y con ausencia del pretencioso envaramiento con que los escritores suelen dar cuenta de su trabajo. Este registro, el de una sencillez que no es simpleza, vale también para la materialización de las novelas protagonizadas por «el Conde». Todo el ciclo se sostiene, ante todo y como principio inexcusable, sobre el antiquísimo principio

Leonardo Padura: *La cola de la serpiente*. Barcelona, Tusquets, 2011.

de contar una historia. Se palpa que el autor disfruta disponiendo una trama sólida y coherente, solo en alguna ocasión un pelín enredosa, pensada para que el lector la disfrute por el puro placer de recorrerla. La acompaña del requisito de la intriga, nunca dispuesta con el señuelo de descubrimientos circenses. La amuebla con una materia humana de primera calidad. Y, en fin, todo ello se dispara hacia una reflexión indirecta aunque intencionada sobre el mundo, su mundo cubano en la circunstancia histórica concreta del castrismo a la vez que el mundo de la realidad humana genérica, que anula el entretenimiento banal y escapista. Estas son las claves de unas novelas criminales de pensamiento y con dimensión social.

Tales caracteres se aplican, al igual que al resto de la serie, a *La cola de la serpiente*, el más reciente de los libros centrados en Mario Conde, pero no el que indica la trayectoria última del personaje. Supone un jalón intermedio en su recorrido biográfico, sustancia de un ciclo atento también a abordar la evolución profesional y moral del policía. El lector aficionado a la serie habrá de tenerlo en cuenta. Por eso, resulta oportuna la breve «Nota del autor» que cierra la novela y refiere su génesis. Un reportaje periodístico de 1977 sobre el Barrio Chino habanero dio lugar a una «noveleta» que apareció al año siguiente en el libro editado en Cuba que recogía *Adiós, Hemingway*. En su última singladura, la presente edición barcelonesa, ofrece una nueva redacción, con medidas habituales, aunque Padura la tenga por novela corta. Salvo por este dato editorial relativo, *La cola de la serpiente* ocupa un lugar intermedio en la tetralogía «Las cuatro estaciones», entre sus dos primeras entregas, *Pasado perfecto* (1991) y *Vientos de cuaresma* (1993), y las dos siguientes, *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998).

El asunto tiene su importancia, superior a menudencias bibliográficas o a curiosidades en el proceso de gestación. El Conde desvela en *La cola de la serpiente* la semblanza unitaria de su evolución, pues en ella figura tanto antes como después de que abandonara la ocupación de policía tan poco cercana a sus pulsiones íntimas. «Varios años después», leemos a las pocas páginas de iniciado el relato, «cuando Mario Conde ya no era teniente ni mucho menos policía...». Y es que la novela se remonta a una investiga-

ción llevada a cabo en el pasado. Además, la redacción final tardía permite que la propia novela aluda a situaciones o sucesos de esos libros mencionados, con lo cual se establece un enriquecedor diálogo con un mundo imaginativo extenso que dilata el ámbito temático y ambiental concreto de la novela.

La cola de la serpiente arranca con un suceso que dispara las mejores expectativas de una novela negra: el descubrimiento de un ahorcado, Pedro Cuang, a cuyo cadáver han amputado un dedo y que revela signos en el pecho de una muerte ritual. La investigación añade un fuerte plus de intriga al misterio inicial: debe realizarse en el medio hermético de la comunidad china de La Habana y tropieza con las dificultades del secreto mundillo de la santería y la magia negra. La historia avanza paso a paso, sostenida en controladas rememoraciones emocionales de impronta lírica, hacia el desenlace que desvela las razones del asesinato, mientras se puebla de sustanciosa materia ambiental y humana. La decadencia y sordidez de la cerrada colonia china da de sí un intenso retrato colectivo. Al autor le guía en esta trama un claro acento testimonial. A la vez, se despliega una amplia galería de retratos de personas. El primero, el de Conde, de humanidad perfecta con su mezcla de bonhomía y desvalimiento. A su lado, su deseada compañera de oficio Patricia Chion, fuente de deseos carnales que lo elevan a cumbres místicas de satisfacción. Y alrededor de ellos un puñado de seres de trazo completo unos, expeditivo otros, que aportan caracteres varios e historias interesantes, relaciones humanas complejas, con secretos y egoísmos, y también con ejemplos conmovedores de amistad y fraternidad. El mundo y la complejidad de los seres humanos, en suma, representado en una colonia de emigrantes.

Fiel a la poética de ampliar el relato por sí mismo atractivo de la averiguación de un crimen, incluso de apenas enfatizar ni el conflicto ni la intriga inherente, hasta valores superiores, Padura acomete un retrato de época con contenido social y a la vez una reflexión genérica. El retrato, ya lo he dicho, tiene como objetivo la vida desalentada de la populosa emigración china a Cuba. El enfoque se mueve entre el testimonio crudo, la objetivación distanciada de una realidad miserable y la piedad. Todo ello filtrado a través de una óptica narrativa peculiar y muy afortunada. Se

trata de una perspectiva que compagina la mirada analítica de un observador externo y la valoración moral solidaria del propio protagonista. Los valores superiores tienen que ver con un problema universal de vigencia a lo largo de toda la historia y de lacerante actualidad, el desarraigo. La novela habla de una emigración concreta, la china a Cuba, y eso le proporciona eficacia realista, veracidad construida sobre hechos ciertos y no sobre abstracciones, pero poco cuesta dar el salto hasta el problema genérico, las migraciones laborales con su corolario de soledad y desarraigo.

La trama criminal de *La cola de la serpiente*, con sus anécdotas atractivas y sus actores interesantes, es el edulcorante que proponía el infante don Juan Manuel como señuelo para tragar la amarga medicina de una penosa realidad social y existencial. El acierto al mezclar seducciones arraigadas en el gusto por que nos cuenten historias y reflexiones en esta nueva salida de Mario Conde confirman a Leonardo Padura en el lugar de una de las voces narrativas hispanoamericanas más firmes del momento presente que ya ocupaba ©